



SERVANDO VALDÉS SÁNCHEZ

LA REVOLUCIÓN CUBANA Y LA CRISIS DE LAS RELACIONES MILITARES CON ESTADOS UNIDOS

Resumen

En el artículo se trata de la crisis de las relaciones militares de Cuba con Estados Unidos en los primeros años de la Revolución.

Palabras clave: relaciones militares cubano-norteamericanas, Cuba, EE.UU.

Abstract

The article deals with a crisis of the military relations Cuba-USA in the first years after the victory of the Revolution.

Key words: Cuban-American military relations, Cuba, USA.

A los pocos días de iniciarse el año 1959 las agencias de inteligencia norteamericanas comenzaron a meditar en torno a las causas reales de la caída de la dictadura de Fulgencio Batista retomando, incluso, viejas conclusiones. Un memorándum del Jefe de la División de Investigación y Análisis para las Repúblicas Americanas, Andrew B. Wardlaw, al Director de Inteligencia e Investigación, Hugo Cumming, admitía que aunque se comprendió la evidente fuerza alcanzada por el movimiento revolucionario encabezado por Fidel Castro, así como la debilidad de Batista para retener el poder, se cometió el error de considerar que era poco probable que el primero tuviera capacidad suficiente para derrocar al régimen.

También fue analizado el estimado de inteligencia del 16 de diciembre de 1958 y se lamentó que hubiera sido preparado por la CIA sin la previa presentación a los niveles inferiores de las agencias de inteligencia¹. Además, fueron admitidas algunas de sus erróneas consideraciones, tales como, que se le había atribuido demasiado peso a la posibilidad de que el ejército de Batista derrocará a este y estableciera una junta militar y no haber percibido que la mayor debilidad de esa institución armada fue la falta de voluntad para luchar.

Aunque para la fecha no existía una información definitiva, la impresión que se tenía en cuanto a las vías de suministros de equipamientos y armas del Ejército Rebelde era que la mayor parte de los equipos los obtuvieron mediante la captura o la compra a los soldados del ejército de la tiranía².

En el transcurso de los días, los análisis fueron aproximándose cada vez más a la realidad de aquel proceso. El 25 de febrero, en un despacho de la Embajada al Departamento de Estado, se reconocía que el Movimiento 26 de julio había actuado con rapidez y eficacia para tomar el poder y consolidar su influencia en toda Cuba y que la causa principal de su rápida y completa victoria fue el enorme apoyo popular que tuvo. Asimismo confirmaba: “Es literalmente imposible encontrar a alguien que públicamente critique al Movimiento. Los cubanos tienen lo que quieren, y están siendo tolerantes y pacientes, mientras que los nuevos gobernantes tratan de establecer nuevos mecanismos gubernamentales. La actitud de considerar a la dirigencia local del «26 de julio» como la única autoridad real, es una reacción espontánea de la gente”³.

Los funcionarios de la embajada norteamericana lograron acopiar más información a partir de un recorrido que hicieron por todo el país y emitieron conclusiones mucho más precisas. Entre otros

elementos señalaron que no se sabía con claridad la verdadera situación existente en Cuba durante los últimos meses de 1958 y que Batista pudo no haber estado plenamente consciente de ello, debido a los informes erróneos que recibía de los jefes militares locales. Mientras las fuerzas revolucionarias que operaban en los diferentes frentes guerrilleros si estaban completamente informadas sobre los acontecimientos.

En relación al sistema de comunicaciones del ejército de Batista consideraron que, al parecer, funcionaba de manera eficiente en todo momento, pero aceptaron que las estaciones de radiodifusión establecidas por las fuerzas revolucionarias habían sido de gran ayuda para ellas⁴.

Otro asunto objeto de preocupación fue la situación de las misiones militares, pues desde el 6 de enero Fidel Castro, en una declaración pública, había expresado lo innecesario de su permanencia en Cuba. El 15 de enero, en un telegrama de la embajada norteamericana al Departamento de Estado se decía: “La presencia de las misiones militares de Estados Unidos ha sido objeto de ataques cada vez mayores en los últimos días. El 14 de enero para responder a preguntas en una reunión del Club de Leones, Castro dijo que sentía que las misiones debía «empacar y marcharse» y, según informes de prensa, señaló que las misiones militares «podrían estar espionando»”⁵.

La embajada estimaba que se debía evitar un enfrentamiento en torno al tema y sugirió que, aunque tenía pocas esperanzas de que las misiones pudieran mantenerse, se le diera autoridad para discutir directamente con el Gobierno provisional revolucionario. En tal sentido propuso presentar los siguientes argumentos:

1. Que las Misiones no habían hecho nada para justificar su retiro.
2. Que las Misiones eran necesarias en la organización de las nuevas Fuerzas Armadas de Cuba, para el acceso a equipos de EE.UU. de acuerdo a la defensa hemisférica⁶.

Lo cierto era que la actuación de las misiones norteamericanas había sido criticada, tanto dentro como fuera de Cuba, por la ayuda que habían prestado a la Fuerza Aérea de Batista en sus ataques contra los rebeldes cubanos. Así lo admitía el Cónsul en Santiago de Cuba Pack Wollam, en una carta que enviara al Director Adjunto de la Oficina de Asuntos del Caribe y México, cuando decía: “(...) es preocupante el uso de bombas y napalm en Oriente y en otras ciudades. Por esto todavía se está culpando a los Estados Unidos. Creo que debemos, si es posible, desarrollar pruebas de que el napalm no vino de los Estados Unidos, y que los envíos de bombas terminaron hace mucho tiempo. Además de los documentos capturados por el gobierno sobre la fabricación de bombas para la Fuerza Aérea, hay una gran cantidad de evidencia visible en muchas de las ciudades donde las personas han sentido el impacto de las bombas. Hubo, sin duda, atrocidades, cuyos detalles están saliendo a la luz”⁷.

Dos días después el Departamento de Estado instruía a su embajada en La Habana para que entrara en contacto con las autoridades de alto nivel del Gobierno revolucionario, preferiblemente con el Presidente Manuel Urrutia. En las indicaciones se especificaba:

- 1 – Delinear con claridad nuestra posición respecto a la conducta pasada y presente de las misiones
- 2 – Exponer brevemente que en vista de los recientes ataques por parte de funcionarios públicos de Castro y otros del nuevo régimen en contra de nuestro personal de las misiones, estamos suponiendo que las misiones no pueden servir a ningún propósito útil y, por tanto, se desea hablar sobre las fechas y condiciones adecuadas para su retirada de conformidad con las cláusulas pertinentes de los acuerdos de la misión.

3. Si la respuesta inmediata a su enfoque es que el gobierno cubano está de acuerdo en que las misiones deben ser retiradas, se debe indicar que le informará a Washington inmediatamente y que se trataría de organizar los detalles específicos de la retirada con el gobierno cubano bajo los términos de los acuerdos.

4. En el retiro se incluyen todas las misiones, incluyendo la naval.
5. Notificar sin demora al Departamento los resultados de esta consulta, con miras a adoptar todas las medidas adecuadas, que irían acompañadas de una declaración pública⁸.

El embajador norteamericano Phillip W. Bonsal, quien había sustituido a Earl Smith, abordó el tema con Urrutia, pero aquellos primeros contactos se detuvieron momentáneamente, como resultado de la campaña organizada por Estados Unidos y otros países de Europa occidental contra los fusilamientos de los criminales de guerra juzgados en la Isla.

Entre tanto, los funcionarios del Departamento de Estado y del Estado Mayor Conjunto intentaron perfeccionar la estrategia a seguir en lo adelante. Durante los debates efectuados el 30 de enero en el Pentágono, unos y otros, compartieron la idea de mantener las misiones. Particularmente el Secretario

Asistente para Asuntos Interamericanos, William P. Snow, indicó que se pensaba enviar instrucciones a la Embajada para que transmitiera una nota al Gobierno cubano proponiéndole la retirada inmediata de los miembros de las tres misiones, a excepción de un representante de cada una de las tres que quedaría con el pretexto de suprimir las misiones y realizar los trámites administrativos. Snow señaló que la retirada completa de las misiones automáticamente se efectuaría a la terminación de los acuerdos militares entre Estados Unidos y Cuba. La propuesta sería, por tanto, retirar 27 de los 30 integrantes del personal de la misión para que no hubiera un cese automático de los acuerdos. Esto, a su juicio, lograría un efecto psicológico, pero al mismo tiempo dejaría un vacío legal que permitiría su restablecimiento en algún momento del futuro próximo sin la necesidad de renegociar nuevos acuerdos.

Snow pensaba que el plan desde el punto de vista jurídico no era sólido, pero que valía la pena intentarlo, ya que no había otra alternativa. Al mismo tiempo le pareció que de esa forma la presión comenzaría a acumularse en “Castro”, quien tendría que reconsiderar sus decisiones apresuradamente y un movimiento de esa naturaleza, con un mínimo de confusión, podía dejar la puerta abierta para el regreso de las misiones.

Por su parte Burke expresó su preocupación por la terminación de la Misión Naval, alegando que todos los folletos de entrenamiento naval de América Latina se procesaban en el idioma español en Cuba y, ante el comentario de Snow de que las misiones eran particularmente importantes en Cuba por su rol de asesoramiento, sostuvo que en el caso de la misión naval, era más que eso, pues se ocupaba también de la operación de suministro a la Marina de Guerra cubana. Este esfuerzo, que había sido prolijamente construido a lo largo de los años, se perdería por completo si el personal se retira — comentó — y podría ser un buen elemento en términos de forzar un cambio de la posición de Cuba. Además — agregó — que la misión naval en Cuba tenía una estatura especial, ya que no había participado en la “rebelión” y tenía el respeto de ambos bandos.

Pero Snow precisó que la opinión pública cubana no era tan consciente, como el ejército, de la distinción entre las misiones. Finalmente se acordó enviar la nota al gobierno cubano según la propuesta de Snow⁹.

Luego de un intercambio de notas entre ambos gobiernos se concertó la retirada de las tres misiones, lo cual fue informado por la prensa nacional entre los días 11 y 12 de febrero¹⁰. Solo permanecieron, de modo provisional, un miembro de cada una para ultimar los detalles de la salida definitiva que se produjo poco tiempo después.

En otro orden de cosas, los funcionarios del Departamento de Estado se quejaban de que las relaciones militares no marcharan al mismo nivel que las económicas. Precisamente por esa fecha una delegación del Banco Nacional de Cuba visitó Estados Unidos para explorar posibilidades de ayuda financiera con el propósito de estabilizar la moneda.

Uno de los principios de la política exterior del gobierno revolucionario consistía en desarrollar relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países, independientemente de sus regímenes económicos, políticos y sociales y, sin perjuicio de los lazos con Estados Unidos. Bajo esos términos se habían realizado las gestiones de la misión del Banco Nacional denegadas por el Consejo de Seguridad Nacional de ese país. Pero era evidente que tarde o temprano las contradicciones asomarían ante los planes subversivos norteamericanos y la radicalización del proceso revolucionario.

En ese contexto la política militar del joven Estado cubano se dirigió a garantizar la defensa del país¹¹. Por eso, coincidiendo con las negociaciones económicas, fueron disueltos el Servicio de Inteligencia Militar (SIM), el Buró de Represión de actividades Comunistas (BRAC) y otros cuerpos represivos que habían contado con el asesoramiento directo de Estados Unidos y se adoptaron otras medidas en correspondencia con las amenazas militares¹².

Seguidamente se intentó avanzar en un *Proyecto de adquisición de material de guerra* en el país vecino que fue presentado, el 23 de junio, a la consideración del Director de Logística G-4 del Estado Mayor del Ejército Rebelde y de cuya tramitación se encargó al Agregado Militar y Aéreo de la embajada de Cuba en Washington. Para ello se destinaron 5 millones 131 mil 523 dólares con los que se pretendían comprar municiones de pequeño calibre, 10 mil pistolas Colt calibre 45, piezas de repuestos para distintos armamentos heredados de la dictadura, capsulas calibre 50 para ametralladora, granadas de mano y granadas para los cañones de los tanques M4A3, así como para bazookas y morteros¹³. Los planes norteamericanos que propiciaron la fracasada conspiración trujillista de agosto de ese año y los preparativos para una futura intervención colectiva, empleando el TIAR, hicieron fracasar el mencionado proyecto.

No obstante desde Bélgica comenzaron a arribar importantes cargamentos de armas como resultado de la firma, el 23 de marzo y el 2 de abril de ese año, de sendos contratos con la Fábrica Nacional de Armas de Guerra S.A. de Herstal, radicada en la ciudad de Lieja.

Hacia fines de 1959 el gobierno estadounidense adicionó un nuevo elemento a la crisis que ya existía en las relaciones militares, cuando se negó a vender a Cuba aviones de combate y ejerció sus influencias para que Inglaterra hiciera lo mismo.

En 1960 las diferencias con la potencia vecina se agudizaron a partir de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria y continuaron incrementándose, sobre todo, por la política de nacionalizaciones emprendida contra las propiedades norteamericanas en la Isla y frente a los convenios firmados con varios países de Europa del Este, especialmente con la Unión Soviética.

La tirantez se recrudeció después de la explosión, el 4 de marzo de 1960, del vapor francés “La Coubre”, surto en el puerto de la Habana con un cargamento de armas compradas por Cuba a Bélgica.

Pocos días después, Emile Rosier, embajador de Bélgica en La Habana, en un informe a Pierre Wigny, Ministro de Relaciones Exteriores de ese país, realizó las valoraciones siguientes: “Todo el mundo, de hecho, está convencido de que la doble explosión es el resultado de una maniobra de sabotaje. Es la opinión tanto del hombre en la calle como la de los testigos inmediatos. También es la tesis de las autoridades cubanas”¹⁴.

Y sobre la implicación directa del gobierno norteamericano expresó: “No se puede negar que esta responsabilidad no queda completamente descartada, en la medida que los EE.UU. toleran en su territorio las actividades de ciertos cómplices de la antigua dictadura”¹⁵.

Otras evidencias parecían comprometer a la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo con los sucesos de La Coubre. El 25 de marzo, en una nota confidencial a R.R. Rubottom, Secretario Asistente de Estado para los Asuntos Interamericanos, Joseph S. Farland, embajador norteamericano en República Dominicana, le informaba que a través de una fuente militar se había podido confirmar que Porfirio Rubirosa¹⁶, ex oficial del ejército, era uno de los que estaba detrás de los acontecimientos del barco francés. Asimismo refería que por otra fuente se conocía que el reciente viaje a Bélgica del general Espallat, ex jefe del Servicio de Inteligencia Militar de Trujillo, había sido con el propósito de «crearlos mecanismos de sabotaje»¹⁷.

Aquella tragedia, sin embargo, no impidió la continuación de los envíos desde Bélgica. Los directivos de la Fábrica Nacional de Armas de Guerra y las autoridades cubanas acordaron cumplir con otros dos contratos suscritos el 28 de noviembre de 1959 y el 12 de febrero de 1960 y convinieron, como medida de seguridad, que los próximos alijos de armas se descargarán en las afueras del puerto de La Habana, aunque la parte belga precisó que el siguiente embarque solo incluiría municiones.

Entre 1959 y 1960 se recibieron, sin contar el viaje final de *La Coubre*, aproximadamente 12 mil 500 fusiles ligeros y 510 pesados modelo FAL, unas 1100 pistolas Browning, más de 29 millones de municiones y las citadas granadas antipersonales¹⁸.

Aunque Bélgica siempre se había distinguido por una política independiente y partidaria de decisiones colectivas dentro de los organismos internacionales, su gobierno no compartía el estrechamiento de las relaciones del gobierno revolucionario con la Unión Soviética. Así lo confirmaba un informe del encargado de negocios de Bélgica en Cuba, Robert Thissen, que en una de sus partes decía: “(...) es cierto que las relaciones belga-cubanas ya no son, y tampoco podrán volver a ser, lo que eran hace veinte meses. Hay, en este estado de las cosas inevitable, numerosas razones, que tienen que ver esencialmente con la evolución cada vez más marcada de Cuba hacia el bloque soviético. El hecho principal es que el doctor Fidel CASTRO (que sea por necesidad, como él mismo afirma, o por voluntad preestablecida, como muchos creen) ha oído las sirenas comunistas, sobre todo (...) desde la visita de MIKOYAN a La Habana. Actualmente, la República de Cuba no es ni más ni menos que un estado satélite del Kremlin”¹⁹.

Tales circunstancias provocaron la decisión del gobierno revolucionario de adquirir en otros países el armamento necesario para la defensa, lo cual fue anunciado por Fidel en su discurso del 26 de octubre desde el Palacio Presidencial: “Si no nos venden aviones en Inglaterra, los compraremos donde nos los vendan”²⁰.

También por la vía diplomática se denunció la hostilidad norteamericana. En una nota al embajador Bonsal, el ministro de Estado de Cuba, Raúl Roa, le comunicó: “El gobierno de Estados Unidos de Norteamérica tiene el derecho de negarle licencia de exportación de armas y otros implementos de guerra a quien le plazca. Pero lo que no puede es interponer su influencia cerca de otros gobiernos, so

pretexto de cooperar al mantenimiento de la paz en el área del Caribe, a fin de impedir que, por razones meramente defensivas, un gobierno amigo se provea de los aviones que necesita, sustituyendo sus equipos inservibles por unos adecuados. Las agresiones realizadas por el gobierno norteamericano cerca del gobierno británico para bloquear ese canje (...) prosiguieron, a pesar de habersele significado a su excelencia que constituía un acto poco amistoso. El gobierno revolucionario posee informes fidedignos de que la Embajada norteamericana en Bélgica efectuó pertinentes gestiones cerca del gobierno de ese país, con el propósito de lograr que se cancelaran nuestros pedidos de armas ligeras”²¹.

Estados Unidos empleó también todo el sistema interamericano contra la Revolución cubana. El 25 de marzo de 1960 una declaración de Christian Herter, secretario de Estado, favoreció la idea de que fuera discutido en el seno de la Organización de Estados Americanos (OEA) un eventual desarme latinoamericano que en la práctica estaba dirigido contra los esfuerzos realizados por Cuba para su defensa.

Así se propició que, el 6 de abril, el Consejo de la OEA aprobara un proyecto de resolución para la convocatoria de una conferencia especializada sobre limitación y equilibrio de los armamentos de los estados miembros de esa organización.

En el mes de agosto la VII Reunión de Consulta de Cancilleres de la OEA, en San José de Costa Rica, condenó a la Revolución Cubana por admitir la ayuda de una potencia extra continental. En respuesta, el pueblo cubano aprobó la Declaración de La Habana que rechazó la Declaración de San José, al considerarla lesiva a la autodeterminación y soberanía de los pueblos americanos y denunció las agresiones e intervenciones de Estados Unidos en América, al mismo tiempo que Fidel anunciaba la ruptura del Convenio Bilateral de Ayuda Militar entre Cuba y Estados Unidos. En tales circunstancias el convenio, que había sido concebido por ambas partes “para ayudar a cualquier Estado Americano víctima de un ataque armado y actuar conjuntamente en la defensa común y en el mantenimiento de la paz y la seguridad del Hemisferio Occidental,” resultaba totalmente insostenible.

Roa, en su comparecencia del 8 de agosto en la Universidad Popular, declaró al respecto: “Este Tratado, como la Doctrina Monroe, no está preparado para ayudar a América Latina, sino para ayudar al predominio de Estados Unidos en Latinoamérica. (...) Cuba no tiene nada que hacer con un gobierno que como el de Estados Unidos lo ha estado atacando constantemente. El gobierno de Cuba no se dejará aplicar el Tratado de Río”²².

Se había quebrado el último lazo contractual que en términos militares unía a Cuba y los Estados Unidos. Pero el gobierno revolucionario tendría que continuar resistiendo las provocaciones dentro de la Junta Interamericana de Defensa, denunciadas sistemáticamente por el delegado de la Isla, comandante José Moleón, y por el propio Roa: “Un característico episodio de esa política de guerra fría es el que se está escenificando en la Junta Interamericana de Defensa (...). No obstante su carácter meramente consultivo y la naturaleza técnica de las funciones de la junta, la delegación de Estados Unidos pretende transformarlo en un campo de operaciones contra la Revolución cubana”²³.

Los enfrentamientos prosiguieron, y aunque la representación cubana ante la JID se mantendría en funciones algún tiempo más, la ruptura con todo el sistema de colaboración militar bilateral y regional delineado por Estados Unidos, ya era un hecho.

Los acontecimientos en Cuba, fueron una de las causas principales que condujeron a la revisión de la política norteamericana hacia América Latina. En ese contexto, se dedicó especial atención al perfeccionamiento del Programa de Asistencia Militar, que en líneas generales tenía como objetivo la intensificación de la ayuda económica y militar a las élites militares en el poder, el incremento de las bases militares, el desarrollo de fuerzas de inteligencia y de programas de “acción cívica” que consolidaran el apoyo público, y la creación de nuevos centros de entrenamientos, dirigidos tanto al aprendizaje de tácticas antiguerrilleras como al adoctrinamiento de los militares. De acuerdo con esos propósitos, el 27 de enero de 1961, fue inaugurado en la Escuela para Fuerzas Especiales de Fort Bragg, Carolina del Norte, el primer cursillo de guerra contraguerrillas.

A pesar de esos proyectos de perfeccionamiento hegemónico, la crisis del sistema interamericano sería ineluctable. En consecuencia hoy, después de más de medio siglo, se concretan pasos importantes hacia la integración de los países de la región, sin la presencia estadounidense, con la fundación de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). En materia militar, la inauguración, en el año 2011, de la Escuela de Defensa y Soberanía del ALBA constituye un primer paso para la creación de una doctrina de defensa de sus países miembros.

NOTAS

1. El 16 de diciembre, un estimado especial de inteligencia reconocía el deterioro del régimen, más rápido incluso de lo que se había anticipado, y admitía el control que tenían los rebeldes de la provincia de Oriente y de otras zonas del país, pero erróneamente sólo admitía el triunfo rebelde como una posibilidad. Véase: Department of State. *Foreign Relations of the United States, 1958–1960*, V. VI, Cuba, United States Government Printing Office, Washington, 1991, p. 295–297.
2. Department of State. Ob. Cit, Memorandum from the Chief of the Division of Research and Analysis for American Republics (Wardlaw) to the Director of Intelligence and Research (Cumming), *Washington January 4, 1959*. pp 362–363.
3. Department of State. Despatch from the Embassy in Cuba to the Department of State, *Havana*, February 25, 1959. Ob. Cit., p. 410.
4. Ibid., p. 410.
5. Department of State. Telegram from the Embassy in Cuba to the Department of State, *Havana*, January 15, 1959. Ob. cit., pp. 364–365.
6. Ibid., p. 365.
7. Ibid., p. 365.
8. Department of State. Telegram From the Department of State to the Embassy in Cuba. *Washington*. Ob. cit., January 17, 1959, p.366.
9. Department of State. Memorandum of Discussion at the Department of State-Joint Chiefs of Staff Meeting, Pentagon, Washington. Ob cit., January 30, 1959, pp. 387–391.
10. Véase: *Hoy*, 12 de febrero de 1959, p.1 y *Revolución*, 17 de febrero de 1959, p. 3.
11. Recuérdesse que desde los primeros días del mes de enero un plan ideado por Trujillo para crear un “legión extranjera” y utilizarla contra Cuba y otros movimientos revolucionarios en América Latina contó con el apoyo de Estados Unidos. Véase: Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Echeverry Vázquez. *Una fascinante historia. La conspiración trujillista*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2009.
12. Entre algunas de las primeras medidas se encontraron la fundación de los órganos de la seguridad del Estado y la creación del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR). También fue enviada a Europa occidental una misión especial para entrar en contacto con firmas productoras de armas y municiones.
13. Fondo Construcción de las FAR, sección FAR. Reorganización, serie Departamento de Administración, signatura 26/2.1/5:3.4/1-14. En Archivo del Instituto de Historia de Cuba.
14. Ministère des Affaires Etrangères et du Commerce Extérieur, Bélgica, Archives diplomatiques, Cuba Dossier Gral 1958–1960, Dossier 1028, p.1.
15. Ibid., p. 2.
16. Rubirosa, amigo de Trujillo, y emparentado con este luego de contraer matrimonio con su hija mayor, había desarrollado también una larga carrera como diplomático en Europa, donde ejerció diferentes funciones, especialmente en Bélgica, como consejero y embajador.
17. Véase: Colección Bernardo Vega: *Los Estados Unidos y Trujillo, los días finales 1960–1961*, Archivo General de la Nación, p.146.
18. Ibidem.
19. Ministère des Affaires Etrangères et du Commerce Extérieur, Bélgica. Ob. cit., p.1.
20. José Bell Lara et al. *Documentos de la Revolución cubana 1959*, Editorial de Ciencias Sociales, 2006, p. 205.
21. Ibid., pp. 273–274.
22. *Hoy*, 9 de agosto de 1960, p. 4.
23. *Hoy*, 16 de enero de 1960, p. 8.